

Tras la línea

Objeto-fetiché, talismán

Sergio González Rodríguez

Todo mundo sabe que una mujer o un hombre tiene deseos secretos (o que no lo son tanto) que se aglutinan en un objeto. Ese objeto, verdadero juguete inconsciente/mental que adquiere el rango de talismán irrenunciable y que sintetiza los afectos, aspiraciones y cumplimientos de cada quien, aparece de pronto en los sueños.

El ejemplo canónico de tal objeto está en *Citizen Kane* (1941) de Orson Welles: “Rosebud”, una palabra que condensa los misterios de la vida de un magnate de la prensa que retrata la película. En el desenlace sabremos que se trata de un trineo. Me asombro yo al despertar esta mañana pues he vuelto a soñar con mi Rosebud: el único automóvil que tuve, un Renault R-12 TL. Un sedán color cielo o aguamarina que manejé durante veinte años. Poco a poco, dejé de usarlo y mi hermana quiso que se lo obsequiara. Harta de los achaques del coche, decidió venderlo un día sin siquiera contármelo. Ni una fotografía le tomó para el recuerdo.

Ahora, el vehículo toma su venganza y reaparece a menudo en mis sueños. Casi siempre su aparición tiene que ver con una trama de olvido o de pérdida. Mis sueños siguen un patrón reiterado: camino, tengo aventuras en el pasado (o en el futuro), en otra dimensión a veces hostil (lugares encerrados, personas agresivas), a veces grata (amigos, familiares, desconocidos que sonrían); o paradisiaca (playas, bahías, riscos inmemoriales de cariz preadánico). La paleta de colores de mis sueños es intensa y digna de la mejor técnica de representación fiel. Como la de los lápices de colores de la infancia llamados Vividel que siempre tuve y nunca supe usar bien.

Y cuando camino lo suelo hacer por ciudades que conozco o recuerdo, o que

presentan su proyección futurista, tanto así que a veces sólo quedan algunos rasgos familiares mientras todo alrededor ha cambiado. Mis caminatas acontecen en busca de algo o de alguien, y casi siempre me acompaña alguna o algunas personas, amigos con rostro o con nombre, o amigos sin rostro y sin nombre; mujeres, hermosas o sólo amables, figuraciones de las que conozco o he conocido.

Por ejemplo, recuerdo en el sueño que debo ir a recoger el Renault-12 TL que he dejado aparcado en alguna esquina. Hago memoria: esto quiere decir que mi inconsciente construye de inmediato una trama convergente que me lleva a una calle en la que mi coche me aguarda. Casi siempre, de sólo verlo me surge una gran alegría que me colma el alma. Lo advierto como una vía de salvación aunque el sueño esté lejos de ser dramático. O en cruceros difíciles, atravesados por vehículos de carga o automóviles que pasan a alta velocidad, donde sueño que mi vida peligra, hallo a mi coche aparcado en una orilla. Entonces corro, me subo y salgo de allí. Es mi Plan B siempre leal, nunca falla, esté en donde esté.

Esta mañana me vi en un sueño en el que, a pesar de estar en el barrio donde vivo, sentía una amenaza o malestar indefinido que me impedía estar tranquilo. Tenía que ir a un acto público con un par de amigos, quizás era la presentación de un libro, o una mesa de comentarios sobre equis tema, pero tenía el pendiente de recoger mi coche. Cuando llegué al taller mecánico donde se supone que debería de estar, el Renault R-12 TL no estaba.

El dueño del taller decía que lo había dejado en la calle para que yo lo recogiera. Se desentendía. ¿Me habían robado el coche? Me inquieté mucho. Recibí un men-

saje en el teléfono móvil: un amigo me recomendaba leer un libro de David Grossman. Como se ve, mis sueños son bastante cercanos a la realidad. Era un libro sobre una Torre, quizás unos magos, o unas figuras-arquetipos semejantes que articulaban una propuesta para comprender el presente, o una situación, o el mundo, no sé bien qué.

Asistía al acto aquel en una sala doméstica del barrio y la gente estaba contenta, el edificio un poco funcionalista, otro poco *art déco*, pero yo seguía preocupado por el destino de mi coche. Para disipar mi angustia en el sueño, pensé en otra convergencia de la trama: de seguro un asistente se llevó mi coche para efectuar alguna diligencia y no le avisó al jefe del taller. Me encaminé de nuevo al taller con la certeza de que, frente a este, encontraría a mi Renault R-12 TL color azul cielo o aguamarina. Transcurrió dos o tres calles, el sueño acogía mis pasos. Desperté. Ahora escribo estas líneas: mi coche está conmigo, dentro de mí. Y no pienso indagar sobre la obra de David Grossman.

La naturaleza de la perennidad de mi Rosebud, al igual que los objetos-fetiché de los sueños, como la peonza o pirinola de Dom Cobb el protagonista de *El origen* (2010) de Christopher Nolan, condensan El Plan B contra la fatalidad o la muerte. Implican, creo yo, la vía de escape perfecta a las tribulaciones de la propia existencia. El principio posible/imposible de reversibilidad, ya sea vital, ya sea deseante, ya sea afectiva. Y sobre todo, práctica: operativa. Las cosas adversas pueden volverse a mi favor en cualquier momento: sólo basta con desearlo, con desearlo bien.

Tal gesto articula el efecto apotropáico, que la ciencia denomina superstición

pero que, durante milenios, fue eficaz para ayudar al género humano: objetos, actos, rituales, frases, fórmulas que consisten en alejar el mal o proteger de él o contra los malos espíritus, o son escudo que salva de una acción mágica maligna (http://es.wikipedia.org/wiki/Efecto_apotropico). Proveniente del griego *apotrepein* (“alejarse”), tiene que ver con la represión de lo malo. Puede expresarse mediante el eufemismo (lo favorable, lo bueno, lo decoroso, el habla afortunada) contra una palabra tabú.

El objeto personal ofrece también una fuente creativa. Cada quien tiene el suyo. Un ejemplo célebre: Jorge Luis Borges en el texto “Dreamtigers” (*El hacedor*) confiesa la importancia de los tigres en su vida y en sus sueños, cuenta cómo en su infancia se detenía ante la jaula del “tigre rayado, asiático, real” en el zoológico. Y agrega: “pasó la infancia, caducaron los tigres y su pasión, pero todavía están en mis sueños”, que es lo mismo, quiero pensar, que su literatura, donde proliferan los tigres e incluso escribió un hermoso cuento sobre “Tigres azules”, donde rinde homenaje a William Blake

y a Novalis y su Flor Azul, símbolo del romanticismo alemán.

Ignoro si para Borges el tigre fue el equivalente del Rosebud de Kane o mi Renault R-12 TL, pero sí podemos saber que el amarillo de los tigres reales, de los tigres de Bengala, fue el color que su ceguera paulatina le reservó hasta el final. Los tigres lo vincularon con la infancia, con los libros, con la pérdida de la vista, con los símbolos atemporales y la cabellera de alguna mujer amada que deshebra en su poema “El oro de los tigres”: “oh un oro más precioso, tu cabello / que ansían estas manos”.

Si comparo el objeto-tigre de Borges con los dos otros objetos que he citado (Rosebud y el Renault R-12 TL), se muestra una diferencia fuerte: el de Borges es un recinto (simbólico y fijo), mientras el trineo y el coche son objetos móviles además de recintos. El distingui carece de gratuitad, ya que apunta a una consideración específica de los sueños y los recuerdos. Mientras que en Borges el tigre mantiene una estructura vertical (de canon literario, de modelo filosófico) que se cierra sobre sí mismo en una metanarrativa (autorre-

ferencial), el trineo y el coche conducen a las posibilidades materiales y horizontales que ofrece la propia vida. El contraste entre la contemplación y la acción.

Jacques Lacan propuso emplear el término “objeto a” para referirse al deseo inalcanzable. En mi caso, transitó del objeto alcanzable (mi coche) al deseo inalcanzable (ya no existe para mí el Renault R-12 TL) que me reclama por desplazamiento: los años y amores perdidos, los planes que maquiné mientras manejaba el vehículo por las calles, los riesgos que corrí y las dos veces que morí y resucité (en términos simbólicos) cuando me chocaron, una vez que se atravesó en una madrugada otro coche a toda velocidad cuando circulaba yo sobre la calle de Pensilvania, en la colonia Nápoles, y otra vez que, aparcado frente a la avenida del departamento en el que viví en la colonia Xoco, un imprudente, adolescente y borracho, se fue a estrellar de rebote contra mi objeto-fetiché y se dio a la fuga.

En ambos casos, rescaté del desastre a mi Renault R-12 TL con auxilio de toscos hojalateros, que al menos ayudaron a que este recuperara su dignidad de siempre desde que mi hermano Carlos me lo compró en los años ochenta. La patria (o patria, que diría el historiador Luis González y González) de los sueños y los recuerdos: el término es idóneo para referir la sustancia onírica que pulsa en cada persona. Me lo he apropiado desde que lo oí por vez primera referido a la excelente película de Edgar Reitz titulada *Heimat* (1984). El objeto-fetiché o talismán está en nosotros aunque nosotros inadvertamos su presencia.

Y siempre estará allí, aunque desaparezca un día como se esfumó de mi vida mi Renault R-12 TL color azul cielo o aguamarina. A veces, cada vez menos, miro pasar en la multitud de automotores en las calles un coche semejante al mío, y trato de escrutar si es el mismo. Ese movimiento de levantar la vista rápido, aspirar en busca de un distingui, dar tres pasos para seguirlo en su trayecto, reitera el fenómeno del despertar. Y queda en mi memoria un trazo azul, refulgente y pulsátil sobre eso que llamamos realidad, como decía Agustín García Calvo, por un simple acto de fe. **U**

